

HOMENAJE A RAFAEL BARRETT

TESTIMONIO DE FRANCISCA LOPEZ MAIZ DE BARRETT

Asunción, junio 1961

Tomado de la edición uruguaya de Cartas

Rafael Ángel Barrett y Alvarez de Toledo, hijo de doña Carmen Alvarez de Toledo, pariente directa del Duque de Alba, y de don Jorge Barrett, escocés, Caballero de la Corona de Inglaterra, nació en un peñón del mar Cantábrico bajo el protectorado de Santander (España).

Don Jorge decidió llevarla allí a su esposa, pues así lo aconsejaron los médicos, rodeándole de todas las atenciones que exigía su delicado estado de salud.

Nació Rafael y lo bautizaron bajo la bandera inglesa, rigiendo la ley de la herencia para la nacionalidad.

Su padre se ocupaba en España de los intereses de Inglaterra, como ferrocarriles, bancos, etc. Era contador y un gran matemático.

Educó e instruyó espléndidamente a sus dos hijos, Rafael y Fernando, muerto este último en Madrid, en 1907.

Rafael recorrió Europa y estudió en París, donde iban sus padres a menudo para verlo.

Terminó su carrera de ingeniero en la capital de España.

Entendía mucho de pintura, dominaba las matemáticas y era un virtuoso del piano.

Poseía varios idiomas, y escribía mejor en francés o inglés que en castellano, según él mismo me lo dijo.

Gran esgrimista, en muchos duelos lo apadrinó Valle Inclán.

Tuvo un serio incidente con uno de los grandes de España, a quien castigó con una fusta en una función teatral por calumniador.

Sobre esto debe leerse el artículo de Ramiro de Maeztu, que da los detalles.

Indignado por esa infamia y hastiado de la vida de señorito que había llevado hasta entonces, vino con el Dr. Bermejo a Buenos Aires, en 1904, cuando estalló la revolución de los liberales contra los colorados en el Paraguay — que ya mandaban hacía 30 años.

El Dr. Vega Belgrano le ofreció a Rafael la corresponsalía de su diario "El Tiempo" en Asunción, que aceptó "por ver si encuentro la bala que me mate".

Vino al Paraguay, y después de recorrer la capital sin ver a las damas de la sociedad que salían a la calle en camisa —como se lo habían dicho en Buenos Aires—, se presentó en el campo revolucionario al jefe — General Benigno Ferreira —, que lo recibió muy bien, haciendo amistad con los intelectuales rebeldes: Gondra, Guggiari y otros.

En Villeta se plegó a lucha armada como jefe de ingenieros. Triunfante el movimiento, Rafael quedó en Asunción, donde pronto se hizo estimar por la sociedad paraguaya, que lo eligió secretario general del Centro Español, el de más significación de los "altos círculos".

En ese club lo conocí. Siendo Jefe del Departamento de Ingenieros, lo descubrió Smith, gerente del F. C. C.P., y se lo llevó también como secretario.

Gustándole tanto a él la música y tomando yo parte en conciertos y fiestas de beneficencia, nos encontrábamos a menudo.

Comenzamos a conocernos, y ocho meses después nos casamos contra viento y marea.

No me importó su pobreza, ni los chismes que me llegaban: "es extranjero, no sabemos quién es"...

Rafael me había hecho leer — casi a la fuerza— sus documentos personales, que los poseía en regla, haciéndome jurar que no diría a nadie nada porque "él sólo a mí debía explicaciones".

Ya casados, me dijo una tarde: "Sabes, menuda, que no soy hecho para depender de otro. ¿Qué dices si me dedico a escribir y vivimos de lo que pueda ganar?"

Aprobé gustosa; desde luego, jamás lo contrarié en nada. Vivimos de lo que le daba su pluma, pobres pero felices.

No debíamos a nadie y el respeto rodeaba nuestro hogar, querido por las masas trabajadoras que Rafael siempre defendió.

Tuvimos un hijo, hermoso como un sol: Alex Rafael. Realizará lo que yo no he podido hacer, decía su padre después de caer enfermo, y mi hijo siempre fue digno del hombre noble que le dio el ser. Como éste, preocupado por su pueblo, todo sacrificio y toda dedicación. Es como su padre, un estudioso de las matemáticas. Vive de la enseñanza de esta materia. Se ha casado y tiene muchos hijos, todos excelentes jóvenes; uno es ingeniero militar, otro es un pintor de gran porvenir, y los demás son estudiantes destacados.

Volviendo a Rafael, en Villeta —en plena revolución— descubrió una importante fórmula matemática, por la que fue felicitado por el célebre Poincaré. Un estudiante — Ortellado— me mostró esa fórmula en un texto para ingenieros en Montevideo, con la cita de su autor.

En un choque con la policía en el Teatro Nacional, un 19 de mayo, asistió Rafael conociendo de antemano lo que tramaba el Gobierno, avisado por los obreros, que recurrieron a él. Lo consultamos, y yo impuse mi condición de asistir también al acto.

Al pie de una de las cartas se detalla lo que sucedió después. Esa vez se destacaron también, en la defensa de los obreros, el señor Francisco Valinoti y el Profesor Cipriano Ibáñez, contra los esbirros encabezados por el mismo Elías García, Jefe Político que estaba detrás de los telones del fondo del escenario.

A esos dos hombres mi esposo les debió la vida, pues iba a ser asesinado por la espalda mientras pronunciaba su discurso.

Rafael unió y organizó a los obreros, y el diario de lucha "Germinal" apareció a costa de la venta de todo lo que poseíamos. La colección de este famoso periódico me fue robada mientras estábamos en la estancia de Ritter.

Mi esposo atacó sin descanso a la empresa negrera "La Industrial Paraguaya", yerbatera y pagadora de sicarios para mantener su expoliación de una gran parte del campesinado.

Ahora ha puesto "un hospital" y "varios aviones" para que los enfermos de sus extensísimas "plantaciones" — ¡que van del río Paraguay hasta el río Paraná! — "no mueran en los bosques, como antes".

Sin embargo, el único médico, director del famoso hospital, murió por falta de asistencia médica! Desde Asunción le mandaban a la víctima indicaciones... por radio.

Cuando Rafael con Bertotto fueron los únicos que recogían heridos bajo el fuego homicida desde los "cantones" de la ciudad —en la gran pelea del 2 de julio— nuestra casa fue asaltada a tiros por un grupo de bandidos que "olían a yerba". Mientras mi esposo mantenía en jaque a los atracadores, con mi hijito pasamos por una altísima muralla a la casa de un vecino, desde donde comuniqué la desesperada situación.

Una patrulla acudió y liquidó a la banda de asesinos. Fue una lástima, no sobró uno para declarar. . . En un duelo entre periodistas, uno de ellos —García— era tan miope que la concertación del encuentro constituyó un crimen: en una oscura madrugada.

Rafael, impulsado por su caballerosidad al conocerse la muerte del joven e indefenso liberal, retó a los padrinos de éste, acusándolos de cómplices, como realmente fueron. ¡Ninguno de ellos se animó a aceptar!

Desde esa vez el Coronel Jara, uno de los comprometidos, odiaba a mi esposo, y lo persiguió siempre. Sin embargo, no hizo más que sonreír cuando Rafael entro en su cuartel escalando un muro —ya que no le franqueaban la entrada— en pleno combate del 2 de julio para

retirar a los numerosos heridos que se estaban gangrenando, tratándolo ahí mismo de asesino. Lo dejó hacer, limitándose a observar que era una locura exponerse así.

En los cuatro días que duró, aquella cruel matanza, Rafael salvó muchas vidas exponiendo mil veces la suya.

Organizó la Cruz Roja, mejor dicho, él era la Cruz Roja; los curas no aparecieron por ninguna parte. Él fue el cristiano y el valiente, enfermo y descalzo — se había sacado los zapatos para que yo no lo sintiera al "escaparse" a defender al prójimo...

"Perdona lo que te he hecho sufrir, menuda; si vieras esos pobres soldaditos, muertos o gravemente heridos; pensaba en mi hijo..., y lloraba".

Así me habló besando mis manos, después de dos días de no saber de él.

Es muy justo recordarlo a Bertotto, que no lo abandonó a Barrett un solo momento. ¿Cuántos paraguayos le deberán la vida? Cuando Jara mató al Sargento Espinola, a golpes, porque le habían dicho que quería asesinarlo,

Rafael no sólo publicó la hoja "Bajo el Terror", impartíendola él mismo en la propia policía, sino que entabló contra Jara una querrela criminal.

Por esto sufrió prisiones y vejámenes. Tenía en su calabozo una barra de hierro para defenderse, sacada de la cama, dispuesto a morir matando antes que dejarse jugar como hicieron con el pobre Bertotto.

El único libro que dejó hecho fue *Moralidades actuales*.

Después mandé editar yo los otros doce.

Bertani nunca rindió cuentas, haciendo varias ediciones.

Como veremos por sus cartas, es falso que mi esposo haya muerto abandonado en un cuarto de hotel y amargado por crueldades e incomprendiones hogareñas.

Estuvimos casados cuatro años, en un eterno idilio, él con sus esperanzas de acompañarnos más tiempo sobre la tierra y yo

ocultándole mis lágrimas para no torturarlo, y demostrándole una alegría y esperanza que estaba lejos de sentir, sufriendo por él y amándolo tiernamente. Jamás nos ofendimos ni disgustamos.

Si Rafael existiera, ya lo hubieran encerrado en una cárcel, en esta época de poderosos explotadores de pueblos "atrasados", que apeliñan a la humanidad entera con su sed insaciable de ganancias.

Rafael Barrett vive en el corazón de los que lo comprenden, de los que luchan para salvar al hombre, para que una aurora radiante de felicidad borre las penas humanas.